

14 de octubre de 1990

Mis queridos hijos, desde mi visita a Fátima, muchas cosas han cambiado, y muchas cosas han permanecido igual. Pero, debido a que mi visita a Fátima y a sus corazones tiene un impacto tan grande en las almas, Dios exige mucho más del mundo. Las almas de mis hijos permanecen obstinadas, abrazadas por temores: temores y enojos sembrados por Satanás y por el mundo.

Hijo mío, mis visitas también traen la alegría y la esperanza de Jesús para hacer llegar el amor de Dios.

Mis hijos, vengo otra vez a ustedes con un mensaje urgente de arrepentimiento, y la conversión será fácil. Oro constantemente por ustedes, suplicándole a Dios su misericordia sobre ustedes. Intercedo por ustedes momento tras momento, esperando verlos aquí conmigo. Mi corazón alcanza a todo corazón que me llama. Yo soy la Reina de la Misericordia; soy la Santa Reina de los Pecadores. Vengan a mí los que están cargados de dolor y angustia, los que no tienen esperanza ni alegría. Yo apagaré el fuego de su dolor; les traeré la esperanza de la salvación y la alegría de conocer a mi Hijo en toda su misericordia.

Mis hijos, nuevamente los llamo a traer alegría; también a mí, arrepintiéndose y convirtiéndose. Llenen mi corazón con su perdón, y ustedes también me llenarán de amor. Compartan con sus hermanos y hermanas que no tienen amor; con aquellos a quienes han perdonado.

Vayan, mis ángeles, y amen con acciones: con su sonrisa, con su toque, porque yo sonrío con ustedes, amo con ustedes y toco con ustedes.

Mis pequeños, todos son llamados, pero ¿responderán al llamado con desesperación y miedo, o responderán con amor y humildad? Las gracias que derramo sobre ustedes vienen del mismo amor que Dios les ha dado. Oren, oren, oren, mis hijos, porque mucha destrucción está siendo causada por la interferencia en los planes de Dios debido al orgullo y la arrogancia.

La paz, la paz, la paz de Jesús esté con ustedes.

Gracias por estar aquí esta noche.

1 de noviembre de 1990

Mis queridos hijos, les recuerdo que sean como niños cuando se acercan a mí y cuando se acercan a mi Hijo. Como niños, vienen inocentes y humildes. Como niños, su fe se hace fuerte y su amor perdona. Hoy, en este día santísimo de los Santos, también los invito a ser como santos en sus tareas y deberes diarios de la vida. Como santos, deben esforzarse por reflejar a Jesús en todo lo que hacen y en todo lo que dicen.

Mis muy queridos hijos, me entristezco tan a menudo porque muchos de mis pequeños son sordos a mis palabras y a mi amor. Muchos de estos hijos míos tampoco reconocerán el llamado de mi Hijo. Oren por estos pequeños, por sus hermanos y hermanas.

Mis pequeños, no deben preocuparse por el mañana: deben buscar a Dios hoy, y el mañana se encargará de sí mismo. Los rumores de guerra y hambre prevalecen sobre la tierra, pero ustedes deben mantenerse firmes en su fe y en su compromiso con Jesús y con nuestro Padre, quien vela por el más pequeño de todos y también velará y los protegerá.

Gracias por estar aquí esta noche.